

Apuntes comentados de un viaje arqueológico por tierras de la Castilla medieval

Confieso que, hasta los primeros meses de este año, desconocía el interés de don Julio González por la arqueología medieval. Me sorprendió muy gratamente, en una reciente conversación que tuvimos en Madrid, en esas horas muertas que transcurren entre ejercicio y ejercicio de oposiciones, su afirmación de que la arqueología medieval podía aportar precisiones importantes al estudio de Castilla en los siglos medievales. Atento a los progresos incipientes de esta ciencia, como lo sé ahora, he creído que en ocasión de este homenaje debía desempolvar las notas de viaje que tomé en mayo de 1976, en ocasión de visitar las estaciones arqueológicas de época medieval excavadas por el profesor Alberto del Castillo en las provincias de Logroño, Soria y Burgos.

El viaje a que acabo de aludir había sido planeado, para la primavera de 1976, por el doctor Castillo con objeto de que los profesores y alumnos del Departamento de Historia Medieval, de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, tuvieran ocasión de conocer de cerca los yacimientos estudiados por él y su equipo de colaboradores: Asunción Bielsa, Esther Loyola, Josefina Andrió, María Angeles Golvano, don Julián Manrique y, entre otros, varios alumnos suyos de Barcelona. Los trabajos, iniciados en 1965, continuaron hasta 1975 y los hitos más destacados de sucesivas campañas fueron la iglesia semirrupestre y necrópolis de Revenga (Burgos), la necrópolis de Duruelo de la Sierra (Soria), la necrópolis e iglesia de Cuyacabras, Quintanar de la Sierra (Burgos), la gran necrópolis e iglesia de Palacios de la Sierra (asimismo en la provincia de Burgos), la necrópolis de covachas artificiales del Monasterio de Suso, San Millán de la Cogolla (Logroño), la necrópolis de San Bau-

delio de Berlanga y otras, así como los eremitorios de Laño, Villanueva de Soportilla (Burgos) y Cueva Andrés, en Quintanar de la Sierra (provincia de Burgos), y el de Santi Yuste en Castrillo de la Reina. Por desgracia, el profesor Castillo murió la madrugada del 26 de marzo de 1976 y, cuando decidimos realizar el viaje a Castilla proyectado por él, hubo de ser sin su dirección y sin sus explicaciones. Por desgracia también, sólo una parte de sus investigaciones ha visto la luz.

En su testamento, legaba el material (bloques de notas, diarios, papeles, planos y fotografías...) al Departamento y esperamos que, poco a poco, pueda ser estudiado. Con todo, yo había estado muy al corriente de sus trabajos, pues en cartas y conversaciones los habíamos comentado minuciosamente repetidas veces. En espera de que, a través de sus papeles, pueda completarse la edición de las excavaciones, voy a limitarme hoy a expresar algunas opiniones personales mías—simples impresiones de viaje— que en nada condicionan los resultados y trabajos del equipo castellano del doctor Castillo, el cual ha continuado hasta hoy, en la medida en que ha podido, la labor iniciada y ha conseguido, particularmente en Santa María de la Piscina, éxitos espectaculares aún no divulgados.

Forzosamente deberé pasar por alto ahora muchas cosas. Soria está llena de elementos del mayor interés para la arqueología medieval, desde San Saturio hasta Santo Domingo.

En la portada románica de esta última, por ejemplo, aparecen sobre la arquivolta, flanqueando un sobrio panel de piedra rematado por una cornisa de canecillos, dos figuras, de hombre y mujer, que han sido interpretadas como retratos de Alfonso VIII y la reina Leonor. La de la izquierda, correspondiente al rey, aparece con la cabeza enmarcada por una especie de ventanuco con arco de herradura que no es otra cosa que una pieza de piedra, caliza o toba, que se utilizaba en la segunda mitad del siglo XII para colocar en la sepultura la cabeza del difunto mirando al cielo, cuando se le enterraba en posición decúbito supino. Si la figura representa efectivamente al rey Alfonso y éste y la reina murieron respectivamente en octubre y noviembre de 1214, no es fácil que el monumento pueda ser anterior a su muerte, por lo menos en la talla de esta parte, aunque suele atribuirse a fines del siglo XII.

Cuando, en la primera mitad del siglo XIII, se labren los sarcófagos exentos de un solo bloque de piedra, se seguirá cincelandó la cabeza, por su parte interior, en forma de arco de herradura en cuyo ámbito cabe holgadamente la cabeza del muerto, en recuerdo de esta pieza móvil que, desde el siglo XII, se colocó incluso en el interior de las sepulturas del tipo cista o caja de lajas. La moda se extiende, en esta época, desde Castilla a Inglaterra (y no olvidamos que la reina era inglesa), pasando por Cataluña o no, donde existen ejemplos de

los dos modelos: el de transición del románico al gótico (en el monasterio del Sull) y el de los sarcófagos exentos (en el monasterio de Ripoll), fechados de suertes muy diversas. Estas piezas de toba o caliza de labra muy fina, no es raro verlas reutilizadas como ventanucos de dintel monolítico en las construcciones rurales de siglos posteriores, en particular el xvii y xviii. Pero aquí en Soria tenemos un ejemplo muy claro de la forma de la cabecera de las sepulturas en la época de Alfonso VIII, tan querida por Julio González.

Saliendo de Soria hacia Burgo de Osma parece obligado pararse en Calatañazor. Aquí, al pie del castillo y en el margen que forman los primeros campos, junto a un camino, destaca un peñasco en el que fueron cinceladas tres tumbas, dos de ellas antropomorfas y la tercera del tipo de bañera u ovalada. Las tres son coetáneas sin lugar a



FIGURA 1. — *Calatañazor, tumba infantil con cabecera antropomorfa.*

dudas y deben de corresponder a un tipo tradicional, fechable en el siglo x, pudiendo haber pertenecido a un grupo familiar, en el cual la mujer se habría enterrado a la derecha del marido y a un nivel algo inferior (atribuyéndole la sepultura de forma oval) y, a la izquierda de la tumba del varón, a un nivel asimismo algo inferior (figura 1), se hallaría la de un hijo del mismo sexo (así considerada por ser su forma antropomorfa como la del padre, aunque más erosionada). A través de un solo ejemplo, como en este caso, hacer consideraciones acerca de la disolución de la gran familia y el asentamiento, a raíz de la repoblación del territorio, de la pequeña familia, compuesta por el matrimonio y los hijos, acaso fuera excesivo. El ejemplo, no obstante, puede ser válido si se repite en la zona y con cierta frecuencia.

Pero las consideraciones que sugiere Calatañazor no terminan aquí. Si excavar el castillo sería interesante, si todo el conjunto del pueblo, con su iglesia, su pequeño archivo-museo, sus casas y sus calles, lo es; desde un punto de vista arqueológico presenta otros dos aspectos interesantes. De un lado, muy cerca de las tumbas excavadas en la peña a que acabamos de referirnos, a unos 25 m., a la derecha del camino que desciende hacia los campos y un poco por debajo de la peña de las sepulturas, se ven dos cistas con huesos, una al lado de otra. Es posible que hayan pasado centenares de personas por su lado, sin darse cuenta de que estas dos nuevas sepulturas, que tipológicamente parecen corresponder a un siglo xi, son indicio fehaciente de que al pie del castillo hubo una necrópolis posterior. Calatañazor estuvo habitada, pues, antes y después de la famosa batalla que nos la recuerda. Pero ¿dónde estaba el núcleo de población que combatió al ejército islámico en el lugar? Muy probablemente en las cuevas de alrededor que, a mayor altura, forman como un amplio anfiteatro frente a la campiña que se abre a sus pies. Desde estas cuevas, semiexcavadas en la roca y con claros vestigios de habitación, era fácil observar sin ser vistos, para sus habitantes. La población en cuevas a lo largo de la Edad Media fue bastante general como sabemos y hemos de volver a encontrar ejemplos a lo largo del viaje. Este es el segundo aspecto interesante de Calatañazor a que quería referirme: debería hacerse una exploración detenida en todo el ámbito del término y estudiar su cerámica, y su hábitat altomedieval.

De Calatañazor nos dirigimos a Burgo de Osma. Don Tomás Leal nos explica el templo catedralicio, nos muestra el tesoro, la sacristía y los museos. Pero la pieza de mayor interés arqueológico es, para nosotros, el sarcófago de San Pedro de Osma mandado construir por el obispo don Gil en 1258. El sepulcro ha sido descrito minuciosamente porque en él se esculpieron la vida y milagros del santo, pero a nosotros lo que ahora nos interesa, con ojos de arqueólogo, son

precisamente los detalles más insignificantes aparentemente de las distintas escenas, en los cuales se esculpieron elementos reales de la vida de mediados del siglo XIII. Tales, por ejemplo, como ese carro bajo, muy sólido, de cuatro ruedas macizas, en las cuales se muestra incluso el tipo de ensamblaje; o esas cerraduras de llave y cerrojo que se han destacado en las puertas importantes; o esas tres jarras esculpidas en el lateral de la cabecera, con borde trilobulado y asa vertical en el alto cuello, que servirían para escanciar el vino en mesones y tabernas. La forma de trasladar un cadáver a lomos de una caballería y otros muchos detalles de la época, son otros tantos testimonios de la vida castellana en el siglo XIII.

Entre muchas imágenes notables que figuran en las colecciones catedralicias de Burgo de Osma quisiera señalar las dos de la Santa Generación (Santa Ana, Nuestra Señora y el Niño Jesús), una atribuida al siglo XIII y otra del XV. No me detendré en la antigua vía romana que nos lleva a Osma y la anterior *Uxama*, para no apartarme del Medioevo, aunque sin duda las gentes de la Edad Media siguieron utilizando esta ruta que les legó la Antigüedad y la presencia de Roma entre nosotros. Como otras muchas vías romanas, que aún cabe seguir, fue transitada a lo largo del período y alguno de sus puentes sigue todavía en pie. Los caminos y los puentes de Castilla, estudiados a fondo (y, por supuesto no me refiero ahora al Camino de Santiago que ha tenido un trato de excepción en la investigación histórica) podrían todavía revelarnos los porqués de las idas y venidas de soldados, mercaderes, peregrinos o simples emigrantes. Y la documentación de los siglos XI al XIV proporciona no pocas pistas para detectar estos caminos, antes de coger la mochila y pisarlos para examinar con ellos el entorno a que contribuyeron a dar vida.

El impresionante castillo de Gormaz es nuestro próximo objetivo. Una simple prospección ocular revela, a través de la cerámica de superficie, que a fines del siglo XI ha terminado el período de mayor esplendor del castillo. No obstante los trabajos de Blas Taracena, Ortega y otros, la excavación del amplio recinto de esta población-fortaleza podría dar aún bastante de sí. La diversidad de paramentos, desde el *opus spicatum* del siglo X, es muestra de un esfuerzo continuado de siglos y, al pie del castillo, la iglesia de San Vicente, con sus piezas romanas y visigodas, reaprovechadas, parece querer confirmar cuanto apuntamos. Mas, no es nuestro propósito, en esta ocasión, deleitarnos con la Castilla monumental. Por Quintanas de Gormaz y por Hortezueta llegamos a la villa de Berlanga de la cual nos interesan, en particular, los torreones semicilíndricos de su muralla y castillo, y la necrópolis semiexcavada en el conglomerado, formando compartimentos rectangulares, junto a San Baudelio. Esta necrópolis de San Baudelio de Casillas o Berlanga, cuya excavación inició

don Alberto del Castillo, merece particular atención. Y, si la memoria no nos es infiel, se la ha prestado luego Juan Zozaya.

En el interior de cada uno de estos compartimientos rectangulares se observan lotes de tres o más tumbas antropomorfas, orientadas al E., que parecen constituir grupos familiares. Por supuesto, reducidos estos grupos ya, en pleno siglo X, a los dos cónyuges y sus hijos. Muchas tumbas, cubiertas con unas pocas losas o piedras gruesas (de tres a cinco por tumba), fueron reaprovechadas varias veces, como suele ser habitual. Solía enterrarse a los muertos en posición decúbito supino, con los brazos cruzados sobre el abdomen, como se hacía ya en los siglos VI y VII, después de lavar el cadáver y envolverlo en un lienzo, atado a veces con cintas que no han dejado huellas. Mas, si bien la tradición se siguió en San Baudelio hasta el siglo X por lo menos, existía un enterramiento último intacto, con el brazo derecho cruzado sobre el pecho y el izquierdo extendido a lo largo del cuerpo, que puede ser indicio de valor cronológico para los arqueólogos interesados en precisar fechas. Porque este enterramiento, del cual se hallarán paralelos en plena época románica, puede revelar un cambio de mentalidad para una época en que no resulta fácil detectar cambios de esta clase.

Mas, San Baudelio resulta de interés no sólo para la historia de las mentalidades, sino también para la historia económica, porque en su época áurea (de los siglos X al XII) se utilizaría para la conservación del diezmo los silos excavados en la roca en uno de los ángulos del templo. Se suelen interpretar estos depósitos de cereal, con acceso sólo desde el interior del templo, como una gruta penitencial, más al llegar la feudalización resulta más creíble suponer que fueron cavados para salvaguardar, con la protección que dispensaba la tierra sagrada, la cosecha de cereales. Todavía en San Baudelio, aparte de las conocidas pinturas atribuidas al siglo XII, cabe investigar el poblado de cimentación rupestre, con casas rectangulares, sobre las sepulturas y al Oeste, en lo alto del cerrillo.

Seguimos por Rello, que dicen ser el pueblo más antiguo de España, y de allí vamos a Fuenteárbol. En las afueras, junto a la carretera, se ve un campo rodeado por las muelas de los moleros antiguos. Hay hincada en el suelo, por lo menos, una veintena de muelas, desechadas por tener defectos de fabricación, que merecería la pena medir y estudiar con cuidado. De Fuenteárbol, por Abejar, nos dirigimos hacia los pueblos de la Sierra de Soria-Burgos, entre espléndidos pinares negros (hasta la altitud de 800 m.) y blancos (de los 900 a los 1.400 m.), para llegar a Quintanar de la Sierra, donde nos hospedamos.

Volviendo sobre nuestros pasos, visitamos el día siguiente Revenga. Junto al Santuario de la Virgen, admiramos la vieja necró-

polis cercada, con el tempo rupestre, donde recordamos los trabajos del profesor Castillo y su equipo. Pudo existir en Revenga un templo de madera, anterior al rupestre, hecho con grandes postes de sección cuadrada o rectangular hincados en el suelo y, entre ellos, traviesas puestas horizontales. Cabía sospecharlo, existiendo una clariana en el bosque, en Revenga. Al exterior de la valla, y al lado de la carretera (el corte de la misma es un testimonio evidente), cortado por ésta, se extendía el poblado en la solana. El yacimiento está sólo a unos 30 centímetros de profundidad del nivel actual del suelo y a simple vista se observa que las viviendas fueron rectangulares, utilizando la peña como pared de fondo, teniendo unos cuatro metros de anchura. Aparecen visibles algunos hogares, con piedras silíceas rojizas, cerámica de los siglos X al XII y tejas con rebaba, indicio de que la última cubierta del poblado fue de tejas curvas.

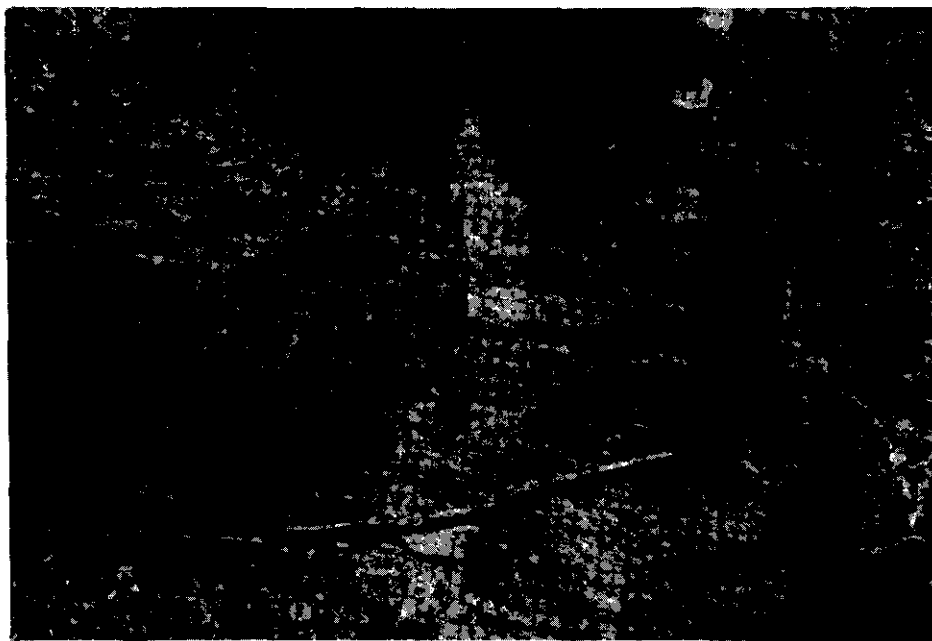


FIGURA 2.—*Las Cercas. Impronta de un tejado, en la roca.*

A veinte minutos de camino de Revenga existe otra estación arqueológica fabulosa: Las Cercas. Con templo rupestre, sepulturas antropomorfas excavadas en la peña, abundantes casas semiexcavadas asimismo en la roca (fig. 2), un pilar excavado, arcos de herra-

dura y escaleras excavadas en la peña, covachas con nichos excavados y cruces patadas excisas (fig. 3), vestigios de cubiertas de lajas, depósitos de agua circulares en lo alto... No sabemos que la estación haya sido estudiada. Pero lo peor es que no tardará mucho tiempo sin que desaparezca por completo, dado que varias canteras están sacando piedra del lugar para revenderla. Hicimos una gestión en la Diputación de Burgos para que impidiera la destrucción sistemática de este importante yacimiento arqueológico altomedieval, pero nada hemos sabido del resultado. En relación con dicha estación habría que examinar también el ancho camino antiguo.



FIGURA 3.—Las Cercas. Sepultura excavada en la peña, con una cruz encima.

Regresamos a Quintanar para ir luego a visitar Cuyacabras, otro de los yacimientos cuya necrópolis de tumbas excavadas en la roca fue minuciosamente estudiada por el doctor Castillo. Nada más llegar a Cuyacabras, rodeado de altos pinos (fig. 4), sorprende la mole de un recinto ceremonial pagano, con ancha escalinata y una pequeña aula rectangular excavada en la parte superior de la peña, que pudo ser reaprovechada para lavar los muertos antes de su inhumación. El recinto ceremonial destaca en la parte baja de la estación y junto

al camino de acceso a la misma, camino curioso a su vez por las anchas roderas que han dejado su impronta sobre la roca que le sirve de base, y que permiten calcular la anchura del eje de los carros. De inmediato nos vino a la memoria la posible comparación con el carro del sepulcro de San Pedro de Osma, a que antes hemos aludido.



FIGURA 4.—Cuyacabras. En el centro, el recinto ceremonial. En la roca de la derecha, la escultura de la dama.

El poblado de Cuyacabras debió hallarse en el espacio intermedio entre el centro ceremonial y la necrópolis. Esta presenta sepulturas excavadas en la roca de tipos distintos (fig. 5). Se advierten agrupaciones familiares, alternando las sepulturas antropomorfas con las de forma oval, rectangulares con el resalte para encajar las tapas, tapas monolíticas y otras formadas por varias piezas bien labradas, etcétera. Y, sepulturas de tipo mozárabe con excavación lateral (fig. 6), en un corte de la peña, algo separadas del resto. Entre las sepulturas que se extienden por la roca, se asciende al templo por una escalera labrada asimismo en la peña, de peldaños gastados. El templo cristiano se cimentó sobre la roca, retocándola para ponerla horizontal, labrar un poco más alto el presbiterio, y cincelar en el centro de este último y adosado a la pared de fondo, el agujero rectangular

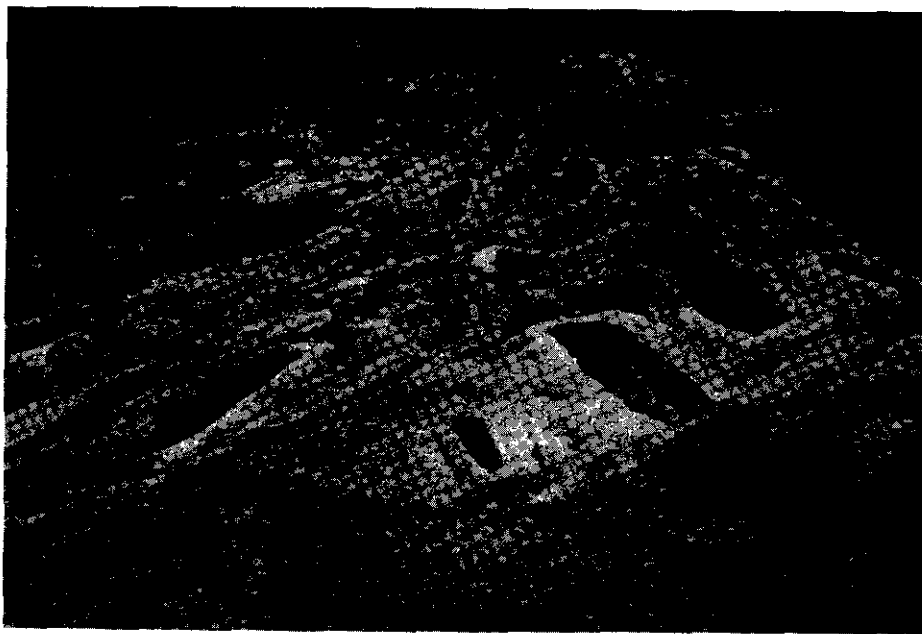


FIGURA 5.—*Necrópolis de Cuyacabras.*

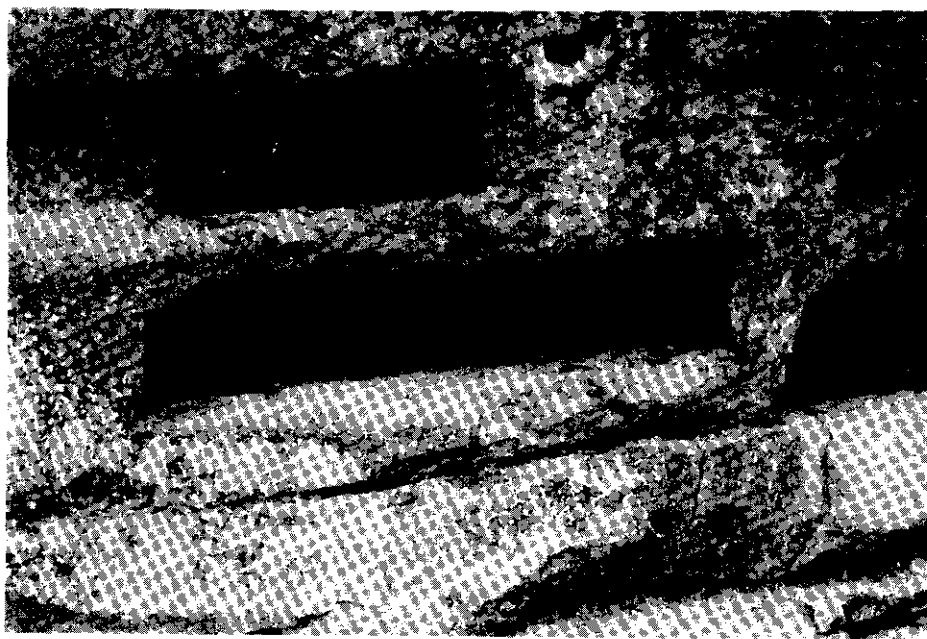


FIGURA 6.—*Cuyacabras, sepulturas excavadas en forma de nichos.*

para hincar el tenante del altar (fig. 7). La cimentación de los muros se cinceló asimismo en la peña, lo cual permite calcular su grosor, una vez eliminada la única hilada de piedra, bien labrada, formando bloques grandes de tradición visigoda. El santuario y la nave del templo son de planta rectangular, existiendo entre uno y otra una incisión en la roca para situar la cancela de separación, propia de los templos destinados a las ceremonias de la liturgia visigoda o mozárabe.

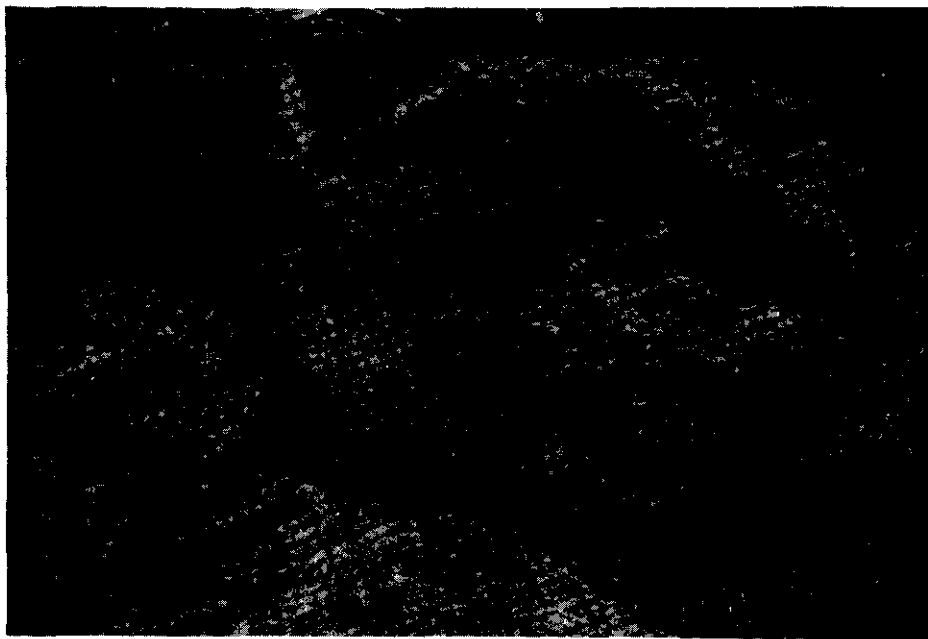


FIGURA 7.—Cuyacabras, aspecto de la cabecera del templo, excavada en la peña.

Entre los comienzos del siglo x y el último tercio del siglo xi pueden situarse la mayor parte de los elementos que han subsistido en Cuyacabras. Pero todavía hay más. Muy próxima al centro ceremonial que nos introdujo al conjunto del yacimiento, y en el lado opuesto al camino de acceso al mismo, por lo tanto a la derecha del que llega hasta él, se levanta una peña aislada y encima de la superficie horizontal de su cumbre, algo más baja pero casi a la misma altura que el centro ceremonial (al que pudo haber estado unida por un muro que cerraría el poblado por esta parte baja), se esculpió una figura yacente femenina de la cual se percibe muy bien el torso y la

cabeza (fig. 8). ¿Qué pudo significar esta escultura? Parece una matrona togada o una diosa madre protectora. No sabemos que haya sido estudiada (ni tampoco advertida). Acaso cabría establecer en Cuyacabras una fase anterior a la Cristianización, que no debería ser anterior a los comienzos de la Edad Media. Pero no queremos aventurar ahora hipótesis, sino limitarnos a señalar el interés de estos testimonios arqueológicos.



FIGURA 8.—Cuyacabras. Figura femenina, esculpida en la peña.

Próximo a Cuyacabras, en el mismo valle, se halla el eremitorio de Cueva Andrés, que excavó asimismo el profesor Castillo. Frente a la cueva propiamente dicha, con su altar, su alacena y la sepultura del eremita excavada en la parte superior, debió de existir un recio edificio cubierto, con muros de talla gruesa, de tradición visigoda. Encima del altar, con un arco de herradura exciso enmarcando una cruz patada y albergando una inscripción casi ilegible que parece relacionarlo con un rey Alfonso, se observan tres encajes en la peña para un envigado (fig. 9). El primer encaje de la derecha, muy bien labrado, presenta una cavidad rectangular en su parte inferior, para acoplar una clavija o resalte empotrado en el extremo de la viga y



FIGURA 9.—Cueva Andrés.
Altar rupestre.

ensamblar ésta a la peña de modo que no pudiese hacer movimiento ni salirse del muro. El mecanismo revela una técnica avanzada en el ensamblaje de los maderos y una etapa previa de la construcción en madera. De ahí que podamos suponer, con escaso margen de error, que el eremitorio data de comienzos del siglo X y que el Alfonso aludido pudo ser Alfonso III o Alfonso IV. Otro síntoma de la importancia del eremitorio de Cueva Andrés radica en el hecho de la existencia, a ambos lados de la cruz patada que presidió el altar, de otras dos cruces simétricas incisas, encima de los brazos de la cruz principal, indicio de la consagración del altar y templo, con solemnidad.

Un estudio completo de los restos de habitación contiguos al eremitorio permitiría conocer su entorno y acaso su pervivencia hasta fechas más próximas a nosotros. A la vuelta hacia Quintanar obser-

vamos una habitación semiexcavada en la peña, a mano derecha de la carretera, y a mitad del camino. ¿Será preciso insistir en el interés que ofrecería el estudio a fondo de todas estas construcciones semi-rupestres, para la investigación del habitat en los primeros siglos de la reconquista castellana? ¡Qué magnífica tesis doctoral podría salir de esa investigación!

En Duruelo han quedado vestigios de sus dos etapas de repoblación: la de las tumbas antropomorfas excavadas en la peña, con cavidad craneana hemiesférica inferior o cavidad occipital, hoy en la parte ajardinada contigua al templo (que también conserva vestigios de las dos épocas), y la de los sarcófagos exentos correspondiente a la repoblación del siglo XII, después de una etapa de abandono que, lógicamente, no ha dejado vestigios. ¿A qué época correspondían, entonces, las cistas de lajas, intermedias entre las tumbas antropomorfas y los sarcófagos exentos? Parece que su época de mayor expansión fue el siglo XI. Poder concretar su cronología equivaldría a precisar el hiato entre las dos etapas de Duruelo.

Pero donde las cistas (¿unas 600?) tuvieron su auténtica área de expansión fue en Palacios de la Sierra, donde se hallan, según parece, en cinco niveles distintos, con reaprovechamiento incluso de estelas tardorromanas. El hallazgo en las excavaciones del doctor Castillo, de las cuales fue alma y motor don Julián Manrique, de unas setenta estelas, en su mayoría con inscripciones, dibujos de figuras estilizadas, etc., hace tanto más lamentable el hecho de que no se haya procedido todavía a un estudio a fondo de estos materiales, clasificando los genuinos de la Edad Media y los reaprovechados de etapas anteriores.

El cerro que preside Palacios de la Sierra donde se edificaron el castillo, la iglesia románica y, probablemente el pueblo altomedieval, así como la necrópolis de cistas aludida, merece aún la atención de los arqueólogos. Sería muy conveniente realizar un corte estratigráfico de la zona del castillo para puntualizar momentos y despejar incógnitas de la etapas de los siglos XI y XII en que tuvo el cerro su máxima vitalidad. Se hicieron cinco campañas de excavaciones en Palacios, la última terminada en 1975, pero cabría aún excavar en zonas intermedias a las exploradas.

En relación también con Palacios de la Sierra quisiera señalar el interés de que se hiciera un estudio de conjunto de las pilas bautismales castellanas. Las dos que se conservan en Palacios son piezas maestras, pero tampoco puedo olvidar la de Duruelo, tan parecida a la de Calatañazor. Y tantas otras que harían el inventario ahora demasiado extenso.

Viendo Castrillo de la Reina insistí en que se realizara una excavación allí. Y, en efecto, pensando sobre todo en el eremitorio de

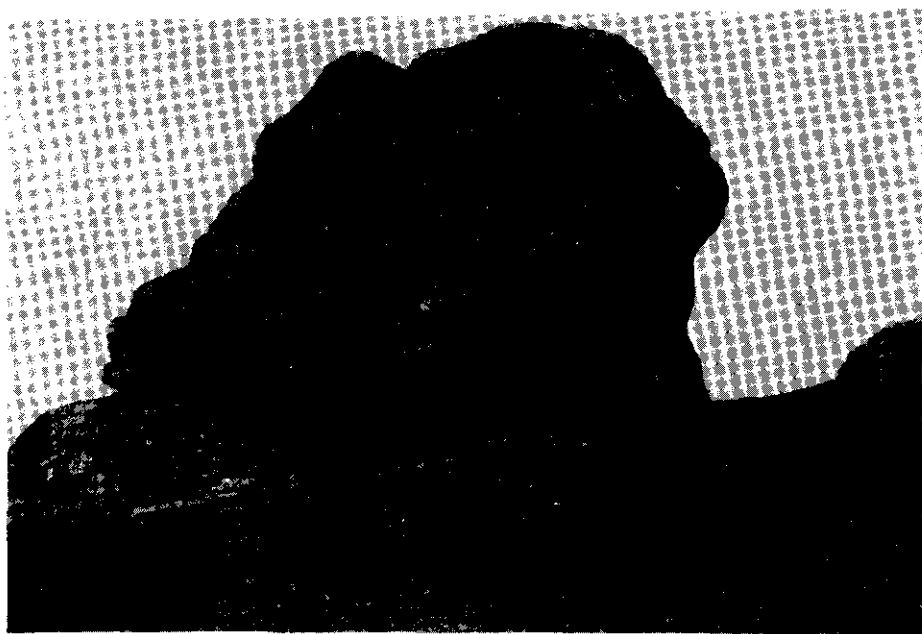


FIGURA 10.—Castrillo de la Reina. Eremitorio de Santi Yuste.

Santi Yuste (fig. 10). Se efectuó la excavación en el verano de 1976, por María Asunción Bielsa, Esther Loyola y Josefina Andrió, con la colaboración de Juan F. Cabestany y de su esposa Francina Riera. Para mí, la estación de Santi Yuste tenía un gran interés. A sólo diez minutos del pueblo de Castrillo y a cinco minutos de la carretera, desviándose a mano derecha, se llega al montículo sobre el cual se asienta el eremitorio de Santi Yuste (San Justo), con la cabecera excavada en la peña, formando un santuario rectangular. Sin embargo el eremitorio, con unas pocas sepulturas excavadas asimismo en la peña, a su alrededor, no era más que la cabecera de un templo bastante mayor que a su vez presidía, situado en la parte alta de la peña, un pequeño poblado de ganaderos, que se había construido en círculo en el declive de la loma, aprovechando la parte central para tener resguardado el ganado y la roca de alrededor del círculo para edificar las cabañas de madera de los ganaderos. Las improntas que dejaron los maderos sobre la roca permitirían estudiar el tamaño, disposición y número de viviendas de los pastores. En la parte baja, entre las peñas, se abriría una gran puerta para permitir el acceso del ganado y dejarlo encerrado dentro. Por supuesto, toda la parte central, a cielo abierto, no fue más que un prado

cercado, que a la vez constituiría un depósito de estiércol para abonar los campos próximos que constituirían el complemento indispensable para la vida de las gentes del pequeño poblado. De ser ganadero, yo hubiese dedicado las instalaciones a la cría de ganado caballar o mular, negocio sin duda rentable, en pleno siglo x.

Las casas de madera de los pastores fueron rectangulares, hallándose algunas subdivididas en dos compartimentos, o cuadradas, posiblemente con hogar central y, por lo tanto, muy primitivas. Dos grandes torreones circulares, asimismo de madera, de los cuales, por supuesto, queda igualmente la impronta en la peña, protegían la puerta de acceso al recinto para evitar sorpresas desagradables. Jamás había visto, con tanta claridad, cómo pudo haber sido un poblado de pastores y ganaderos en nuestra alta Edad Media. Nuestros estudiantes deben aprender a saber ver, en el paisaje, la impronta del pasado. Si la nueva generación pudiese desprenderse del asiento del coche y volver a tomar la mochila y el cayado, después de haber leído centenares y centenares de documentos, acaso el estudio de «los siglos oscuros» se iluminaría con luces nuevas.

Dejo Castrillo para visitar Salas de los Infantes. Aquí todo me recuerda los últimos siglos de la Edad Media. El contraste es evidente. Tres sarcófagos exentos con interior antropomorfo, propios de la primera mitad del siglo XIII, se hallan en la subida al templo parroquial de Santa María de Salas, éste de fines del siglo xv construido sobre otro anterior y bien restaurado, conserva varias piezas notables. A la salida de Salas, junto a la carretera, se yergue una roca con ocho eremitorios excavados en su interior, cinco de ellos muy próximos entre sí, dos comunicados y con tres cámaras que dan a una sala común, a los cuales se asciende por una escalera excavada en la misma peña (fig. 11). En el interior de esta sala común, un pequeño sílex, preparado para labores agrícolas, constituye nuestro trofeo. Hemos vuelto ya a la alta Edad Media. Los eremitorios se cerraban con losas o con puertas de madera cuyos bastidores han desaparecido. Sería interesante tener los planos del conjunto, que es posible alguien haya realizado.

A unos 16 kms. nos detenemos de nuevo: Silos. Con incontables detalles deliciosos. La tumba de Santo Domingo de Silos data de 1073. Fue excavada en la roca, en el claustro, y hoy se halla vacía junto a un capitel en el cual consta que allí se enterró al santo, aunque fuera por poco tiempo. Es trapezoidal, alargada, con la cabeza antropomorfa redondeada en arco de herradura. A los dos años de enterrado, se retiró el cuerpo del santo y, hacia 1077, se colocó en un sarcófago exento, con figura asimismo antropomorfa en su interior, que constituye uno de los primeros ejemplares de un tipo de sarcófagos que se va a generalizar en el siglo XII. Este segundo se-



FIGURA 11.—*Salas de los Infantes. Eremitorios.*

pulcro del santo se conserva en la cripta que se ha abierto debajo del templo actual. La talla es fina y la tapa del sarcófago presenta un resalte longitudinal, en medio, de aristas agudas, y a ambos lados superficies inclinadas a modo de una cubierta a dos vertientes. El primer sepulcro del santo se puede contemplar en el claustro, como hemos indicado, bajo unas rejillas de hierro y con un monumento conmemorativo gótico, con la efigie del santo yacente, situado encima para protegerlo.

Entre los materiales de la cripta cabe asimismo señalar tres cabecezas de sepultura de cista que tienen gran interés. Las cistas se hicieron reaprovechando materiales de construcción románicos: piezas de sillería, de distintos grosores y tamaños. Una de las cistas aprovechó para una de las paredes laterales una basa de una doble columnita de claustro que cabe fechar a mediados del siglo XII, por lo tanto estas cistas de paredes gruesas que aprovechan piedras talladas en el siglo XII no pueden ser anteriores a fines de dicho siglo y muy probablemente deben de corresponder a la primera mitad del XIII. Son muy distintas de las cistas de lajas, de paredes finas (lajas de caliza puestas verticales), propias del siglo XI y primera mitad del XII a que antes nos hemos referido. Mas las curiosidades de la cripta

de Silos no terminan aquí. En el depósito que se conserva debajo de la cripta propiamente dicha se conservan cuatro cabeceras de sepultura monolíticas formando un bloque en el cual se labró un arco de herradura que, en dos de los ejemplares, tan sólo se labró por una de las caras con objeto de que se pudiera depositar la cabeza del muerto y el fondo le sirviera de soporte. Los otros dos ejemplares parece que fueron reaprovechados como dinteles de ventanucos. Al referirnos a la fachada de Santo Domingo de Soria hemos hablado ya de la cronología de este tipo de piezas.

Los dos Museos de Silos, el del Claustro y el Museo-taller, que pudimos visitar detenidamente, conservan otros muchos elementos del mayor interés para el arqueólogo medievalista: vasijas, armas, etc. Por hoy bastará esta referencia a las cistas tardías, localizadas en el centro del claustro, con ocasión de obras recientes, y felizmente conservadas en distintas dependencias del cenobio.

Después de comer en el Hostal Amaya, en cuyo exterior se ha conservado una «lavadora» de piedra redonda, con desagüe y surcos para dirigir la salida de aguas, muy parecida a otra de madera que vimos en Calatañazor, frente a una de las casas de la calle principal, salimos para La Yecla y continuamos hacia Clunia para contemplar las excavaciones de P. de Palol patrocinadas por la Diputación Provincial de Burgos, patrocinadora asimismo de las campañas del profesor Castillo a que nos hemos referido repetidas veces.

Dejo Clunia por demasiado antigua para nuestro objeto y me pesa tener que dejar asimismo Peñaranda de Duero para otra ocasión. El día que se reconozca en España el interés de la Arqueología que hoy se ha dado en llamar Preindustrial, el Palacio, la Plaza Mayor, las deliciosas viviendas y la Botica de la familia Gimeno que desde 1583 se ha dedicado al ejercicio de la profesión farmacéutica, serán objeto de estudios importantes. El estudio del hábitat en Peñaranda ha de constituir una de las piezas fundamentales. Esperemos que no tarde demasiado en despertar entre nosotros el interés arqueológico por los siglos XVI al XIX.

Y, mientras tanto, nosotros nos vamos a Quintanilla de las Viñas. Se ha dicho a Quintanilla que era una ermita visigoda construida sobre un gran templo romano, del cual aprovecharía una mínima parte. La cabecera cuadrada con sus grandes sillares y sus tres frisos de relieves de gran calidad, resulta inquietante, pero la nave se rehizo sin duda en un siglo IX o X aprovechando las piezas talladas sin el tino ni el oficio de los primeros proyectistas. Quintanilla, no obstante sus elementos anteriores, cabe considerarlo un templo de la época de la repoblación. Al exterior, entre los cimientos romanos, aparecen sepulturas de cistas gruesas y algunos sarcófagos exentos muy destrozados que merecían mejor suerte. Pero, siendo el templo de Quin-

tanilla un monumento magnífico, no carece tampoco de interés su contexto, el entorno que lo rodea, y muy en particular la Sierra próxima en la cual se abren unas seis o más covachas, varias de ellas con retoque artificial, que revelan un hábitat troglodítico en esos mismos siglos de los inicios de la repoblación del territorio.

Camino de Covarrubias visitamos San Pedro de Arlanza, donde el mundo eremítico de las covachas enlaza con la vida cenobítica. Nos consta el interés de la Subdirección de Excavaciones en que se excave debidamente el monasterio de San Pedro de Arlanza. Pero es una estación que requiere años de labor, para estudiar la distintas épocas y construcciones, desde el pre-románico al renacimiento, y desglosar con atención los distintos elementos (incluso romanos). Covarrubias y su colegiata merecen una visita detenida, desde la torre llamada de Fernán González que se atribuye al siglo x hasta las deliciosas casas del siglo xiv, y en particular algunas de la Plaza Mayor (figura 12). Las numerosas piezas de valor arqueológico que hemos tenido ocasión de contemplar en la Colegiata tales como casullas y dalmáticas, lipsanotecas y cajas de perfumes, acreditan el amor de Covarrubias a su historia. En la Colegiata se conservan también los sepulcros de Fernán González y de su mujer. Sobre el de ésta (un sar-



FIGURA 12.—Covarrubias. Casas de la plaza.

cófago romano reaprovechado) está puesta hoy la cubierta primitiva del de aquél, decorada con doble cenefa longitudinal. En cambio, la tapa del sepulcro de la esposa, que luego cubrió el de su marido, se halla hoy en el suelo del claustro, esperando recuperar su destino. Aun siendo sencilla la labra, como corresponde a la mayor parte de las piezas de la época, no carece de interés. ¿Sería mucho pedir que ambas cubiertas pudieran reintegrarse a su lugar correspondiente?

El reaprovechamiento constante de sepulturas para sucesivos enterramientos, ofrece no pocas dificultades a arqueólogos y antropólogos para relacionar cronologías, y se presta a muchos errores de atribución. De la misma forma que un caballero del siglo XI pudo llevar en su cinturón una hebilla visigoda, en un sarcófago romano pudo enterrarse a un personaje del siglo X. Y no siempre es fácil poder distinguir estos «desfases» cronológicos para no atribuir el esqueleto del caballero a la época visigoda o el personaje del siglo X a la romana.

Teníamos una gran curiosidad por conocer Lerma. Pero, en líneas generales, y no obstante lo mucho bueno que contiene aún, hemos de confesar que la Lerma que nosotros esperábamos no hemos sabido verla o apreciarla. El párroco se queja de que se lo roban todo, y es posible que así sea. Acaso no anime a Lerma el mismo espíritu que a Covarrubias. Y le convendría poder recuperar su historia. Al lado del magnífico portal con las dos gruesas torres semicilíndricas, o de la Colegiata y sus tesoros, están esa desangelada plaza y el palacio de los duques convertido en almacén, que deprimen el espíritu.

A sólo 32 kms. de Lerma, Burgos. Y en Burgos, Las Huelgas. En este monasterio cisterciense femenino, que alberga unas cuarenta monjas, el espíritu del arqueólogo deprimido en Lerma puede recuperarse. Las Huelgas merecen una visita atenta, no sólo por el famoso pendón de Las Navas conservado en la sala Capitular, sino por otros mil detalles, como el de los suelos de las habitaciones de maderos de roble recio. Y, muy en particular, por su notable colección de sarcófagos de los siglos XII y XIII, en número no inferior a cuarenta. Se abrieron todos, allá por los años 40, se quitaron las telas y restantes piezas de interés arqueológico que contenían, y con unas y otras se montó, en el mismo monasterio, un Museo de tejidos medievales muy notable, con los complementos de: espuelas, espadas, anillos, etc. que ofrecen la particularidad de estar fechados, puesto que se sabe la tumba de la cual proceden e incluso el nombre y circunstancias personales de sus propietarios. En el conjunto destacan tejidos musulmanes de los siglos XI-XII y XIII muy interesantes. Sus dibujos se repiten, a veces, en las bóvedas del claustro. Para el arqueólogo acaso sea de interés consignar detalles como la presencia

de dos tapas de baúl trapezoidales, forradas de tela y con una cruz, que nos recuerdan que la gente de alcornia (príncipes y reyes) se enterraban en sepulcros, con baúles de madera forrados exteriormente de tela o recubiertos con paños. Si, a partir del siglo XI, hubiese continuado la costumbre de enterrar a los muertos envueltos en un simple sudario, todos estos elementos que hoy podemos contemplar en Las Huelgas se hubiesen irremediablemente perdido. Un cambio de mentalidad, en el tránsito del siglo XI al XII, hizo posible su conservación. Pero el trabajo no concluye con montar un buen Museo, se requiere luego la vigilancia constante de las piezas, para evitar su deterioro, y el estudio minucioso de cada una de ellas.

La visita arqueológica de Burgos requeriría escribir muchas páginas más (la Catedral, Santa Gadea, el Antiguo Palacio Episcopal...). Rebasaría, con mucho, nuestras actuales posibilidades. Tan sólo voy a recomendar la visita al Museo Arqueológico Provincial, que cuenta con una guía suficiente para el iniciado y que, como el de Soria, ha recogido piezas muy notables de la época que ahora nos interesa en particular. Y recomiendo esta visita porque la considero imprescindible para el estudioso que se interese por el tema.

A sólo diez kilómetros de Burgos, San Pedro de Cardeña, al cuidado hoy de los trapenses, a pesar de haber sido destruido su templo románico, ofrece mucho interés asimismo para el arqueólogo: el claustro mudéjar, por ejemplo, en una de sus alas conserva unos arcos de la sala capitular románica y, en la restauración del interior del templo actual, se halló una ventana románica de la torre campanario, embebida en el edificio gótico. Y no hay que olvidar que San Pedro de Cardeña es anterior al mundo del románico y al mundo del Cid y de sus familiares. La Cartuja de Miraflores distante unos tres kilómetros de Burgos, muestra el templo construido por Juan II y su esposa, padres de Isabel la Católica, con los dos ámbitos separados para frailes y legos, y el solemne sepulcro de los fundadores frente al altar principal, de muy buena factura. Ejemplo de la riqueza y gustos de la segunda mitad del siglo XV, en que la Edad Media castellana ha perdido muchas de sus esencias.

Vamos a recorrer los 112 kms. que median entre Burgos y Logroño, por Belorado, siguiendo en parte el camino de Santiago. Insistiré tan sólo en unos pocos puntos, muy concretos, porque este viaje se está alargando ya demasiado. En Espinosa de Montes de Oca, quisiera señalar el santuario de Tosantos. No hemos dejado el mundo de los eremitas, en este santuario rupestre y en otros que advertimos a lo largo del recorrido. También hay cuevas junto a las ruinas del castillo de Belorado y, no lejos de Castildelgado, a la izquierda y al fondo, queda muy visible una mota. ¿Quién dijo que en España no existieron las motas? Para comprender el ambiente de los siglos IX al XI, y sus pro-

fundos cambios internos, será preciso que algún día se investiguen a fondo las posibles motas castellanas.

Pronto nos llega el cambio de provincia y con él Santo Domingo de la Calzada, junto al Oja. Típica población de las rutas de peregrinación, llena de tiendas y recuerdos. Con buena bibliografía que puede ahorrar muchos esfuerzos inútiles. Y, unos 17 kms. nos separan sólo de San Millán. Me consta el gran cariño que don Alberto del Castillo tuvo por San Millán y los afanes que le dedicó. La estación no es para menos. Empecemos por San Millán de Suso. Ya en el interior del templo, la triple cueva y el doble edificio precedido por el conocido pórtico, revelan la importancia arqueológica del monumento. Pero al exterior, las sucesivas necrópolis, con sus tres niveles: de tumbas trapezoidales, tumbas antropomorfas excavadas en la peña y tumbas antropomorfas exentas, llaman poderosamente la atención. En total creo que se descubrieron en Suso unas 120 sepulturas, de las cuales se excavaron, desde 1970, unas treinta. Quedan otras 60 para descubrir, en la parte baja, la más antigua, con covachas en cuyo interior conservan de cuatro a cinco enterramientos. El monasterio de Suso fue dúplice y existen, por lo tanto, sepulturas masculinas y femeninas. En el último nivel de la ladera, el más alto, se halla la tumba de Santa Oria, en la cueva donde estuvo encerrada en vida, practicando el eremitismo. Puede fecharse, pues, el final de la necrópolis.

Al lado del camino de acceso a Suso se ven ya varias sepulturas abiertas. Una de ellas, antropomorfa de cabeza redondeada y con hendidura para el occipital, está tallada junto a la base del muro de cabecera del templo actual, como si quisiera fecharlo. Las dos hileras de sarcófagos con sus tapas situados en el atrio del templo y los dos capiteles de alabastro situados a la izquierda de la puerta de entrada, son otros testimonios cronológicos. Cerca de las tumbas, un centenar de metros antes de llegar a la puerta del atrio, y a la derecha de la carretera, se ven unos restos de muros, excavados por el Dr. Castillo junto a una sepultura antropomorfa puesta bajo una cueva. Esta habitación, que el Dr. Castillo creyó posible iglesia primitiva (S. Millán vivió en el siglo v y el templo actual de Suso sufrió un gran incendio que se supone provocado por Almanzor), fue cortada al construir la carretera actual, pero se ve, por las dos hiladas de piedra que aún subsisten, que se trata de una construcción de recios muros (de unos 80 cms.) hechos con mezcla de piedras grandes y pequeñas y sin apenas argamasa, acaso sólo barro. Junto a los muros no observamos la presencia de cerámica, pero sí de teja grisácea u ocre muy gruesa, procedente de la cubierta del edificio. Sería interesante poder relacionar esta construcción, de aspecto muy primitivo, con la parte del cementerio situada debajo de la carretera

y de excavación difícil sin dañar a ésta. La presencia de teja curva revela un último tejado difícilmente anterior al siglo XII, época en que ya no se enterraba en Suso, aunque siguieran viviendo monjes allí hasta el siglo XIX.

Tarsicio, el inefable guarda de Suso y autor de su Guía, nos muestra aún, al lado de la iglesia, un cuarto con tres imágenes, entre ellas los restos muy apolillados de un Cristo Majestad.

Descendemos a Yuso, donde la comunidad de agustinos que cuida el patrimonio de San Millán de la Cogolla, celebra la fiesta de Santa Rita; ese mundo del barroco que ha sustituido al románico nos interesa tan sólo ahora por la colección de marfiles, y salimos hacia Berceo y Nájera. Nájera es, arqueológicamente hablando, fabuloso. Las tumbas de los reyes de Navarra, en Santa María la Real, nos interesan principalmente por sus sarcófagos, pero el tesoro arqueológico de Nájera está en sus cuevas. Don Serafín García, dueño del restaurante Perica, sabe de ellas muchas leyendas. Algunas pudieron ser habitadas en época prehistórica pero, en su mayor parte, lo fueron por los eremitas altomedievales. Entradas y ventanales se abren a distintas alturas en el corte rocoso. Se dice que se aprovisionaban de agua del río mediante cuerdas. Entre las «7 cuevas» y el río Najerilla se encuentra, al pie del acantilado, una zona llana que fue últimamente cultivada y hoy es erial. Se trata de una plataforma rocosa, en la cual se observan indicios de haber existido casas: las viviendas de un poblado altomedieval (fig. 13).

La excavación de este poblado sería de gran interés. Recogemos cerámica ocre con pintura a rayas rojas, altomedieval (siglos IX-X), y cerámicas gris-plomo, poco compactas, con bordes salidos y redondeados (siglos XI y XII). En algunos lugares se ven muy bien los muros de separación de habitaciones muy pequeñas, con una potencia de estratos de hasta 1,50 m. En el lugar de las Eras, al otro extremo de la población, la tradición quiere que estuviese el pueblo antiguo. Y, en efecto, en un cerro próximo hay una necrópolis con tumbas excavadas en la peña. Una plataforma con surcos en ángulo recto parece indicar la existencia de un torreón cuadrado de madera, que pudo proteger la entrada al pueblo rupestre de Nájera. Es posible que se haya hecho ya el inventario minucioso de todos estos y otros muchos elementos de la Nájera altomedieval, con planos y alzados de todas las cuevas y un estudio a fondo de las mismas. De ser así, es hora de que se estudie el poblado a que acabamos de referirnos.

De paso ya para Logroño recordamos en Tricio al mausoleo romano cuyas columnas fueron reaprovechadas para el templo cristiano actual, y el interés, asimismo, de que se hiciera una prospección en él. La visita a la ciudad de Logroño, final de nuestro recorrido, cabe realizarla con una buena guía, bien impresa e ilustrada y, por su-

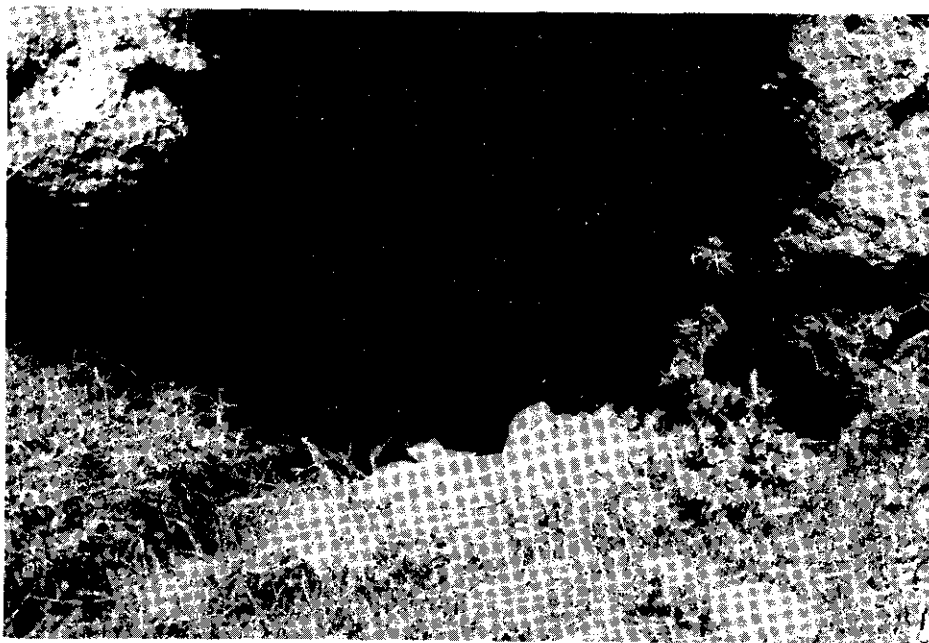


FIGURA 13.—Nájera, poblado semirupestre.

puesto, informada. Antes de dar por terminados estos apuntes de un viaje arqueológico por la Castilla medieval, tan sólo quisiera añadir que su propósito se ha limitado a señalar algunos puntos de interés para el arqueólogo medievalista, de los muchos que cabe descubrir aún en todo el territorio y en la documentación conservada. Con objeto de completar nuestro conocimiento, en particular de los siglos altomedievales, para los cuales los textos escritos suelen ser parcos pero suficientemente indicativos, si se les sabe interrogar, para proporcionarnos pistas nuevas que, al hurgar en el suelo, pueden procurarnos elementos preciosos para profundizar en la vida material y espiritual de quienes poblaron Castilla y contribuyeron decisivamente a su plasmación.

Manuel RIU
(Universidad de Barcelona)